

la Artemio, corregidor de Augustólida de Egipto, en tiempo que elegirás dentro del crepúsculo de Roma, era un neófito cristiano. A la sombra de su severa ancianidad, vivía, en condición de pupila, Lucrecia, cuyo padre, muerto cuando ella estaba en la niñez, había sido comilitón y amigo de Artemio. No defraudaba esta Lucrecia el esplendor de tal nombre. Antes se le adelantaba por la calidad de ~~la~~ <sup>una</sup> virtud tan cándida, igual y primorosa, que tenía visos y reflejos de beatitud. Un día, llegó a casa de Artemio un religioso de algún culto oriental: bramino, astrólogo, o quizá mago caldeo, de los que por el mundo romano vagaban a ~~añadiendo~~ diciendo a su primitivo saber retazos de la helénica cultura y profesando artes de adivinación y encantamiento. El corregidor le recibió de buen grado: la religiosidad de estos ~~los~~ cristianos de Oriente, solía darse la mano con la afición a cosas de hechicería. Oyendo decir al mago que, entre las capacidades de su ciencia, estaba la de poner de manifiesto lo que las almas encerraban en su centro y raíz más ~~apartados de~~ la sospecha común, Artemio hizo comparecer a Lucrecia, movido del deseo de saber qué prodigiosa forma tomaba, en lo radical y más denso de su espíritu, la esencia de su raro candor. El mago declaró que sólo precisaba una copa que ella colmase de agua por su propia mano, y que bajo la diafanidad del agua vería pintarse, como en un limpio espejo, el alma de Lucrecia.

--Veamos, --dijo ~~Artemio~~ --qué estrella de inocente fulgor, qué cristalino mamantial, qué manso cordero, ocupa el fondo de esta alma... --Fue traída la copa, que Lucrecia llenó de agua hasta los bordes, y hecho esto, el mago concentró en la copa la mirada, y la donceilla y su tutor anhelaron oír lo que decía.

--En primer término, ~~que veo~~ <sup>(empezó)</sup>, como en todas las almas que he calado con esta segunda vista de mis ojos, una sima o abismo comparable a los que estrechan el paso del viajero en los caminos de las montañas ásperas. Y allá, en lo hondo, en lo hondo --~~interrumpiése~~ vacilando un momento --lo digo? --preguntó después. Y como Artemio inclinase la cabeza: --Pues lo que veo --continuó --en las profundidades de ese abismo, es una alegre, briosa y resplandeciente cortesana. Está acostada bajo alto pabellón, de los de Tiro; y duerme. Visite toda de nírpura, con el descenimiento y transparencia que, más que la propia desnudez, ~~sirven~~ sirven de dardo a la provocación. Un fuego de voluptuosidad se deborda de sus ojos velados por el sueño, y enciende, en las comisuras de sus labios, como dos llamas, entre las que

Rodríguez Lucrecia

se abre la más divina e infernal sonrisa que he visto. La cabeza reposa sobre uno de los -- brazos desnudos. El otro sube en abandono, todo entrelazado de ajorcas que figuran víboras - ondeantes, y entre el pulgar y el índice alza una peladilla de arroyo, sangrienta de color, que es de los signos de Afrodita. Eso es lo que esta alma tiene en lo virtual, en lo espec- tante, en lo que es sin ser aún: en ~~XIM~~ fin, Artemio, en la sombra de que quisite saber -- por artes mías...

--Vil impostor!---gimió en esto Lucrecia, llenos de lágrimas los ojos: ¿tu ciencia es esa? ¿tu habilidad es infamia? Traigan una brasa de fuego con que probar si pasa por mis labios pa- labra que no sea de verdad, y digármelo decir si anima en mí, intención o sentimiento que guar- de relación con la imagen que pretende haber visto dentro de mi espíritu.

--Calle, pobre Lucrecia--arguyó el mago--¿acaso es menester que tú lo sepas? Tú dices verdad y yo también.

Artemio

—Justo será entonces--dijo ~~Artemio~~ --menospreciar las promesas que nos cautivaban y prepa- rar nuestro ánimo a la descepción

--No pienso como tú--replicó el mago; ¿quién te asegura que la cortesana despierte?

--Digo, por si despierta, --añadió Artemio--.

--Señor,--renuso el mago,--yo te concedo que eso pase; pero yo vi también en el fondo del alma de esa hetaira dormida que está en el fondo del alma de Lucrecia; y vi otro abismo, y en el ~~fondo~~ seno del abismo una luz, y como envuelta y suspendida en la luz, una criatura suavísima, por la que el ampo de la ~~nieve~~ nieve se holgara de trocarse, según es de blanca. Jun-  
to a esta ~~de~~ mujer sin sexo, puro espíritu, juzgarías sombra el resplandor de la virtud de Lucrecia: y como la cortesana en tu pupila, ella, ella, en la cortesana. duermes...

AAAAAA----Infiero de ahí--dijo el corregidor--que aun con el despertar de la cortesana, ¿po- drían resucitar sahumadas nuestras esperanzas en Lucrecia? Damos gracias a Dios, ya que en el extravío de su virtud hallamos el camino de su santidad.

--Sí--volvió a decir el mago--; pero no olvides que, como en las otras, hay en el alma de esa forma angélica un abismo al cual puedo yo asomarme.

--¿ Y quién--preguntó Artemio--es la durmiente de ese abismo?

--Te lo diría--opuso el mago--si fuera bien mostrar a los ojos de Lucrecia una pintura de abo-

minación. Piensa en la escena de la Pasifae corintia de Lucio; piensa en mujer tal que para con ella la primera cortesana sea, en grado de virtud, lo que para la primera cortesana es Lucrecia.

—¡Me abismas—prorrumpió Artemio,—en un mar de confusiones! ¿Qué extraña criatura es ésta que la amistad confió en mis manos?...

—Gesa en tu asombro—dijo finalmente el mago, acudiendo a reanimar a Lucrecia que permanecía sumida en doloroso estupor—; ella no es ser extraordinario, ni las que has visto por mis ojos son cosas que tengan nada de sobrenatural o peregrino. Con cien malvados, —que durmieron siempre, en lo escondido de su sér, subió a la gloria cada bienaventurado; y cien justos, que no despertaron nunca, en lo hondo de sí mismos, bajó a su condenación cada réprobo. Artemio: nunca estimules la seguridad, en el justo; la desconfianza, en el caído; todos tienen huéspedes que no se les parecen, en lo oculto del alma. Veces hay en que el bien consiste en procurar que despierte alguno de esos huéspedes; pero las hay también ( y esto te importa) en que turbar su sueño fuera temeridad o riesgo inútil. El sueño vive en un ambiente silencioso; la inocencia es el silencio del alma: ¡haya silencio en el corazón de Lucrecia!...